

NUMEN

Semanario de Arte, Sociología, Actualidades y Comercio.

Propiedad

20 cts.



DIRECTORES:

Juan Ezaña y Santiago Labarca

Administrador: González Vera



Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 3323. — SANTIAGO
Santa Rosa 393-399

EDICION DE 12 PAGINAS

20 cts.

AÑO 1

SANTIAGO DE CHILE, NOVIEMBRE 1.º DE 1919

NUM. 29

EL HAMBRE



(Dibujo de Isaías)

Arte y Estudios

Bibliografía y Crítica Literaria

En esta sección daremos cuenta de cada uno de los libros, folletos o revistas importantes, de índole esencialmente artística, que lleguen a nuestra redacción, acompañando un comentario o ligera crítica de los principales de ellos.

«NOCHES»
Versos de J. Cifuentes Sepúlveda. 1 volumen de 104 páginas. Prólogo y comentarios líricos de R. Meza Fuentes, J. González Bastías y Armando Ulloa.—Talca, 1919.

El autor de este libro pertenece a esa clase de muchachos, que en el silencio de las capitales de provincia, laboran silenciosamente sus libros de versos y que de repente, como un regajo, tiran sobre nuestras torturadas mesas de redacción, un puñado de rosas líricas. Este poeta es la tercera vez que nos hace estos regalitos. Primero fué «Letanías del dolor», luego «Esta es mi sangre» y por último, «Noches». En este último el poeta se ha afirmado y su voz es más plena, aunque a veces la bizniza de su juventud rompa la belleza de un verso con la tiranía de un pensamiento infóclis. Su tema, inagotable, es el dolor de vivir, la angustia la inquietud del destino y de la muerte. Es dulce o agrio, suave o áspero, manso o atrevido, el verso de Cifuentes Sepúlveda, pero ante todo es propio. No es este poeta un hombre de gramática o de métrica. La amplitud de su visión le hace atropellar, a golpe tendido, las vallas de la trantex vulgar. Sólo falta para su perfección el dominio de la armonía y la precisión del concepto. Hay que hacer poesía suelta, a trazos grandes o pequeños, pero no hay que olvidarse del ala, grande o pequeña, que forma la armonía del conchano. Cuando Cifuentes logra combinar sablamente—todo en arte es sabiduría de las cosas y de las ideas—, su emoción con sus palabras, hasta que el verso adquiere la flexibilidad y la esbeltez de un cuerpo humano, entonces será un buen poeta. Defectos de repetición, cordadía de imágenes, descaer de frases nuevas, todas esas cosas pequeñas, de las cuales es fácil librarse mediante la propia convicción de bondad, forman las únicas y últimas asperezas que hay que limar. Después de esto, el verso de Cifuentes Sepúlveda, será puro y macizo.

R.

Elogio de los oficios

El muchacho es ya un aprendiz. Aprendiz de médico, encuadernador, de alfarero, lo mismo da. Quiero decir que está un pedacito más arriba que el estudiante, en la escuela de la actividad productora. Porque el estudiante no ejercita más que el espíritu y el aprendiz ya ejercita toda la vida.

Cada vez que encuentro un buen aprendiz en un oficio cualquiera, se me van solas las manos al apretón. —«Bueno, amigo teñido: ¿he aquí que te te preparas larga laboriosa y obstinadamente a una competencia. Cualquier competencia es una manera de distinción, porque te hace superior y distinto a los demás en un orden determinado en funciones. Cualquier profesión es una aristocracia. Tú, amigo aprendiz, cuando alcanzas la maestría en tu oficio, te convertirás con eso en un aristócrata, más aristócrata que el señor Ministro de Fomento, pongo por caso, porque el señor Ministro de Fomento no ha tenido para el trabajo que hoy se le encomienda ninguna preparación técnica que realizar: es un orden determinado, un advenedizo. En tanto que tú sólo pasarás a maestro mucho más tarde, y previa una colaboración del tiempo con la heroicidad, y el fruto de la unión de esas dos cosas se llama nobleza.»

«El mal de las modernas democracias no es tanto que en ellas no está representado el espíritu de los marqués, como que no hay en el espíritu de los encuadernadores, de los alfareros de los herreros, de pintados, de los cortidores, de los artistas y de los maestros de escuela. Bandas amorfas de hombres de profesión improvisada, indeterminada deciden de la elección de otros hombres también a menudo de oficio poco claro, si no es que sea poco educado o inconfesable. De esos tales, que se llaman un Ministro de Fomento, el cual no es tal cosa; es un cuarto abogado, un cuarto agitador, un cuarto financiero, un cuarto periodista. Y éste, con otros del mismo tipo social, es el que resuelve los problemas que afectan a los plateros, a los sastres, a los maestros de escuela industrial.»

«Luego, hay los genios que no quieren ser más que genios, y apóstoles, sin otra manera de vivir conocida que el apostolado; luego hay las cortesanías y las completistas, y los cómicos sin estudios, y los escritores sin humanidades, y los amateurs, y otros hombres y mujeres igualmente inmortales, porque no han sido aprendices como tu hijo mío, y en nada llegarán a ser maestros, como tu nada llegarás.»

«Las Repúblicas antiguas sabían apreciar mejor los oficios y las artes, en su especialidad y valor. En la vieja Florencia, nadie tenía derecho a residir, sin estar inscrito en uno de los gremios o cofradías de artesanos. Tanto, que Dante Alighieri en persona para no verse en el caso de salir de allí, hizo registrar su nombre, en la corporación de los boticarios. Hoy las cosas pasarían al revés: los necios hombres del día hemos dispuesto un juego hábil de opiniones y de instituciones de manera tal que cualquier boticario puede inscribirse en la categoría de los Alighieri...»

Eugenio de Ors.

Cuentos rusos.

Detrás del muro

En medio de un campo desierto, una gran fortaleza negra, circundada por un río ancho e impetuoso; al

atardecer, cuando todo calla, las olas rujen.

En el interior, todos los pisos, estaban llenos de prisioneros. De día, aquella inmensa mole de piedra parecía un sepulcro, una catacumba. Pero, con las sombras de la noche, la casa vivía a la vida. En todas partes se oían golpes dados sobre los muros y golpeando un alfabeto secreto, se emprendían largas conversaciones. A veces el andar lento y pesado del guardián en las galerías, sumía de nuevo la prisión en el silencio; pero cuando había pasado, se reanudaba la vida.

Una noche, en tanto que estaba la conversación en su apogeo, se oyó una carcajada fresca, joven y fuerte. Los prisioneros tuvieron miedo: algo anormal iba a suceder, sin duda. Y los golpes se detuvieron. Pero por segunda vez estalló en las murallas aquella risa que hacía pensar en el sol, tan extraordinario en aquel sitio como si un muerto hablara.

Aquella risa era la de una mujer, casi una niña. Cuando habían ido a sacarla, de la casa materna, no hacían comprendido la gravedad de su situación; seguían serenas, había seguido a los esbirros: soñaba romanticamente en ser la heroína de alguna trágica y bella aventura. Pero cuando se vió sola entre las cuatro paredes de la prisión, sollozó desesperadamente, como un niño abandonado. Entonces asomó el guardián por el postigo. La aparición de aquellos ojos irritados a la luz de la tarasca, hizo reír a la muchacha. Al verla así, la única mujer prisionera, se suavizó la mirada del soldado y también sonrió, pero reaccionando en seguida, recuperó su expresión torva y severa que motivó la segunda carcajada.

Privada de su piano, para consolarse había imaginado una inocente distracción: se sentaba al borde de la tarasca y con el pie llevaba el ritmo de sus misteriosas preferidas. Los prisioneros le oían, reconocían el ritmo y canturreaban la divina melodía; toda la casa sombría se transformó por la presencia de aquella mujer.

Un joven ocupaba la celda vecina. Ya los muros de la prisión le habían robado ocho meses de su vida; pero no habían podido apagar su ardiente corazón. Detrás del muro oía los pasos de la niña, y cuando en los crepúsculos oprimidos, veía un nocturno de Chopin, se perdía en deliriosas ensueñas. Había tratado de entablar conversación con ella a través de la pared. Los dedos golpeaban y decían:

—¿Quién eres? Advínno que eres joven y hermosa, y te amo... Soy fuerte como un león; cuando venga la noche, echaré abajo el muro... entraré en tu celda, te esconderé en mi pecho como un pajarillo y huiré contigo lejos.

Ella oía el ruido de los dedos, pero no comprendía, porque ignoraba la ciencia del alfabeto secreto... Sin embargo, sentía que detrás del muro se hallaba un corazón que latía por ella, una voz que la amaba, y acercaba el oído a la pared para oír, pausadamente, de descifrar el misterioso lenguaje. A veces golpeaba también, como si sus dedos supieran hablar, o bien, al llegar la noche, se tendía en

el suelo, bien pegada al muro, y golpeaba para ver si estaba al otro lado, en el mismo sitio. Y permanecía así mucho tiempo, mientras él cantaba canciones con el golpe de sus dedos en la piedra, con ese su amor. Y aunque no comprendía, sentía la niña que aquellos golpecitos llegaban hasta su corazón.

Un día llegó bruscamente una cosa que hizo temblar todo el espantable edificio. Un prisionero alcanzó a ver que frente a la fortaleza había levantado una horca. Toda la noche en la monotonía, gimieron los golpes en los muros, el silencio se hizo silencioso angustioso; al principio pasaban de muro en muro, después de los pisos a los techos; los prisioneros se interrogaban, se consolaban, se defendían adíos. ¿Para qué era la horca? Los golpes en la noche eran como si el Ángel de la Muerte golpeara sus alas en las murallas de granito... Poco a poco fué cesando el ruido. En su celda, cada prisionero reconstruía el drama de su vida.

Aquella noche los golpes que daba el vecino de la niña tenían un extraño acento. Sus dedos temblaban de fiebre. Sin duda quería decirle algo grave y urgente. Los golpes imploraban, gemían, después cesaron como en un estremecimiento. Ella adivinaba que él apoyaba su rostro contra la piedra, que le daba un beso a través del muro. Pero no comprendía qué secreto quería comunicar.

Afuera gemía el viento, y rugían las olas. Jamás había sentido la niña tan intensamente el horror de su encierro. Varias veces llamó a su vecino; pero no contestaba, como si ahora estuviese enfadado contra ella. Fatigada trató de dormir, pero no pudo. Una tristeza inmensa la embargaba; deseaba volver a llorar, pero quería esperar que él lo hiciera primero. El silencio de la prisión era siniestro; los golpes habían cesado, amortiguados por la distancia; solamente se oían los pasos de un centinela.

En fin, presa de terror, se levantó corrió hacia el muro, golpeó, arañó sollozando, suplicante, destruyéndose el rostro contra las piedras.

Y murmuraba con la garganta ataca-

—¡Responde! ¿Qué haces?... ¿Qué pasa? ¡Tengo miedo! Responde!... ¡Responde!

Chalom Ache.

La Plumá

Con muchos sacrificios, los redactores de esta publicación lograron publicar cinco números; pero en este último tiempo, ha sido imposible continuarla debido a la falta de fondos y también de colaboración. En la imposibilidad de continuarla, sus redactores han llegado a un acuerdo con los directores de Numen, por el cual «La Plumá» se fusiona a esta revista.

En consecuencia desde ahora las suscripciones de «La Plumá» serán servidas por «Numen.»

Los suscriptores que no acepten esta fusión, pueden escribir a la editorial a fin de remitirles los correspondientes a los números no publicados.
(Firmado) González Vera, Juan Egola.

Allá Arriba

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio. Y el hombre llegó desnudo ante Dios.

Y Dios abrió el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al hombre:

"Tu vida ha sido mala y te has mostrado cruel hacia aquellos que tenían necesidad de socorros, y para los que pedían apoyo has sido amargo y duro de corazón. El pobre te ha llamado y no lo has escuchado, y tus oídos se cerraron al grito de mi afligido. Has guardado para tí tu herencia y has enviado los zorros al campo de tu vecino. Has tomado el pan de los niños y se lo has echado a los perros, y mis leprosos, que vivían en los pantanos y estaban en paz y me adoraban, los has arrojado a los caminos; y sobre mi tierra, la tierra que yo he formado, has derramado la sangre inocente."

Y el hombre dijo:

"Sí, eso hice".

Y Dios volvió a abrir el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al hombre:

"Tu vida ha sido mala, y la belleza que yo he revelado tú la has perseguido, y has pasado cerca del bien que yo he ocultado. Las paredes de tu cámara estaban pintadas de imágenes, y del techo de tus abominaciones te levantabas al son de las flautas. Has edificado siete altares a los pecados que yo he sufrido, y has comido de lo que no se debe comer, y la púrpura de tu vestido estaba bordada de los tres signos de la vergüenza. Tus ídolos no eran ni de oro ni de plata, que duran, sino de carne, que muere. Has teñido su cabellera con perfume y has puesto granadas en sus manos. Has teñido sus pies de azafrán y tendido alfombras ante ellos. Con antimonio has teñido sus párpados, y has untado sus cuerpos de mirra. Te has posternado en tierra ante ellas, y los tronos de sus ídolos estaban colocados en el sol. Has mostrado al sol tu vergüenza y tu locura a la luna."

Y el hombre respondió y dijo:

"Sí, eso hice".

Y por tercera vez Dios abrió el Libro de la Vida del Hombre.

Y Dios dijo al hombre:

"Mala ha sido tu vida, y por el mal exigías el bien y por la iniquidad la bondad. Las manos que te han nutrido has herido, y los pecados que te amamantaron has menoscabado. El que vino a pedirte agua se ha vuelto con su sed, y a los perseguidos que te ocultaron en sus tiendas los has traicionado antes del alba. Al enemigo que te perdonó lo hiciste caer en la emboscada, y al amigo que iba contigo lo vendiste por una suma de dinero, y a los que te traían el Amor has dado el libertinaje en cambio."

Y el hombre contestó y dijo:

"Sí, eso hice".

Y Dios cerró el Libro de la Vida del Hombre y dijo:

"Claramente te mandaré al infierno. Sólo al Infierno te enviaré".

Y el hombre exclamó:

"No puedes".

Y Dios dijo al hombre:

"¿Por qué no puedo yo mandararte al Infierno y por qué razón?"

"Porque nunca dejé de vivir en él", contestó el hombre.

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio.

Y en seguida Dios habló y dijo al hombre:

"Viendo que no puedo mandararte al Infierno, te enviaré al Cielo".

Y el hombre exclamó:

"No puedes".

Y Dios dijo al hombre:

"¿Por qué no puedo mandararte al Cielo y por qué razón?"

"Porque nunca y en ninguna parte he podido imaginarlo".

Y hubo un silencio en la Casa del Juicio.

Oscar Wilde.

El Pintor L. Várgas Rosas

La exposición de primavera esta-
va degradada este año. Los mu-
chachos, que debieran considerarla
como el más simpático de los tor-
neos anuales, no sabemos por qué
causa carecen de entusiasmo para dar
el realce.

Del pequeño conjunto de cosas
buenas que allí se expusieron, sin duda
que las telas de Lucho Várgas se
destacaban ventajosamente. La más
alta recompensa, otorgada a este
pintor, corresponde una vez más a la
confianza que nos inspiró siempre
el Jurado de este Salón de Prima-
vera. Es Lucho Várgas, entre los
muchachos, acaso de los 2 o 3 que
más nos satisfacen como pintor.
Sus manchas están llenas de emoción,
serenidad, verdad. Son verda-
deros extractos de cuadros; no son
simples apuntes ligeros, ni se quedan
en proyectos. Se ve que el artista po-
ne en ellos toda su alma, toda su
voluntad, toda su bella visión de
pintor sentimental. Porque las man-
chas de Lucho son emocionadas, tie-
nen alma, tiene un lirismo jime-
niano que las dignifica, las realza y
como digo, no se pueden parangonar
con la generalidad de las manchas,
apuntes, pues que cada una consti-
tuye un pequeño poema.

Actualmente, Várgas va en viaje a
Europa. Su paleta lírica le acompaña
en su peregrinaje a la tierra de
Leonardo de Vinci, en busca de nue-
vas emociones estéticas. Creemos que
su exodo será fecundo. La angustia
que se nos anudó en la garganta al
abrazarle, a la hora de su partida,
se ha acurtesado en una esperanza
muda y ferviente y ha florecido de
gozo cuando le supo laureado, en el
último Salón. Porque el hermano a
quien hemos ido a despedir, con su
alma de niño bueno y con su sentido
purísimo del arte, deja un gran hueco
a nuestro lado; y en nuestro cora-
zón la fér rotunda que hemos pue-
sto en la labor honrada que le he-
mos conocido.

El Prólogo de las Fiestas de Primavera

Ha aparecido, en una peque-
ña edición, con iniciales y ex-
libris dibujados por Cabezon, la
poesía premiada en el concurso
de Prólogos a las Fiestas de
Primavera.

Una portada de Chao adorna
primorosamente el libro.

Pedidos de este libro, pueden
hacerse a Roberto Meza Fuen-
tes, Ahumada 73.



Luis Várgas Rosas

Croquis de Laureano Guevara)

EL RACIMO INOCENTE

*Así, como jugando, te ocrqué el corazón
hace ya mucho tiempo, en una primavera...
Pero tú indiferente, juraste por mi ver...
hace ya mucho tiempo.*

*Sabio de toda cosa, no sabías acaso
ese juego de niña que cubríis discreto
con risas inocentes el tremendo secreto,
sabio de toda cosa...*

*Hoy, de vuelta a mi lado, ya mujer, tú me pedes
el corazón aquel que en silencio fué tuyo,
y con torpes palabras nequitas arguyo
hoy, de vuelta a mi lado.*

*No te lo daré nunca aunque muera de angustia,
no te lo daré nunca aunque gima y sucumba...
hoso como la piedra lo llevaré a la tumba,
no te lo daré nunca!*

*Oh, cuando te ofrecí el corazón en aquella
Primavera, era mi dulce racimo no tocado
el corazón... Ya otros los granos hon probado
del racimo inocente.*

Alfonsina Storni.

Y dolor, dolor, dolor...

Con este título apare-
cerá próximamente un
libro de versos de

Fernando G. Oldini